

Globethics Repository



Nuevo ecumenismo [New ecumenism]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Miguez, Néstor O.
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-16 11:09:17
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155963

PANORAMA

NUEVO ECUMENISMO: ¿NUEVA IGLESIA?

Este artículo no pretende ser una novedad teológica, ni alumbrar nada extraordinario, sino enumerar ciertos hechos, descubrir en ellos las tendencias históricas que parecen señalarnos, y tratar de interpretar ciertos elementos que si bien no se resuelven por la vía del intelecto, requieren que los examinemos críticamente.

EL CAMINO RECORRIDO: EL ECUMENISMO HASTA AHORA

No pretendemos historiar al ecumenismo: el lector interesado tiene a su disposición una amplia y profunda bibliografía sobre el tema, que le permitirá tratarlo mejor que estas breves líneas. Más bien queremos destacar ciertas formas más recientes, en la fase más cercana del ecumenismo, a fin de que sirvan como piedra de toque para nuestra reflexión.

El ecumenismo actual surge con los principios de este siglo, acelerado en su marcha por la teología de K. Barth que, al redescubrir, en su reacción antiliberal, a la Iglesia como "Locus" de la revelación, destaca la importancia de la eclesiología, donde el problema de "la Iglesia y las iglesias" pasa a ser un eje de la reflexión teológica, y de la acción de muchos de los más esclarecidos cristianos de la primera mitad de nuestro siglo.

Surgen así las grandes organizaciones ecuménicas que, finalmente, producen al Consejo Mundial de Iglesias y sus estructuras colaterales. A través de ellas la labor del Consejo se fue ampliando (y su estructura adquiriendo mayor complejidad) con la ayuda económica intereclesiástica, proyectos comunes en el área diaconal, estudios y publicaciones, educación teológica, etc. Las grandes Asambleas fueron dando la tónica de esta forma del ecumenismo: el ecumenismo de las grandes organizaciones; en cada una de ellas se fueron marcando etapas, un crecimiento en magnitud, la incorporación de nuevos elementos —especialmente el aporte del sector ortodoxo a partir de la mitad del siglo— y, finalmente, el diálogo con el sector romano.

Tocamos otro aspecto de la cuestión: ya desde tiempo antes del Concilio Vaticano II la Iglesia de Roma evidenciaba interés en el asunto, especialmente a través de algunos movimientos internos y de sus más preclaros teólogos, muchos de los cuales también se nutrieron en las fuentes barthianas, y habiéndose dado tímidos pasos en algu-

nos aspectos. La virtud del Concilio fue cuajar en la realidad este Espíritu de Unidad (que no entramos a analizar por el momento) que se había insinuado. La presencia de los observadores ecuménicos fue la nota llamativa de las primeras sesiones, y la exteriorización visible de un nuevo ambiente. El entusiasmo y el optimismo crecieron desmesuradamente. A nivel organizativo, el Secretariado para la Unidad de los Cristianos, con la figura consular del Cardenal A. Bea se transformó en el instrumento de esta nueva tónica y en la "vedette" del Ecumenismo. Comisiones mixtas, discusiones teológicas, mutuas invitaciones, seminarios e intercambios florecieron en esa primavera ecuménica. Pasado el primer fervor, el camino más lento y normal del trabajo fue mostrando posibilidades y limitaciones. El ingreso de la Iglesia de Roma en el Consejo promete ser más arduo de lo que preveían los primeros cálculos. Las organizaciones siguen su pesada marcha, lastrada por la complejidad de las estructuras que juegan en cada lado. Los niveles locales readquieren nueva importancia, la que habían tenido en las épocas pioneras.

Las formas del ecumenismo

En la reunión del Comité Central del CMI en Utrecht, el teólogo metodista norteamericano John Deschner pintó un panorama de las "formas del Ecumenismo". Habló de tres niveles del Ecumenismo: El Ecumenismo I, de las grandes organizaciones universales, el Ecumenismo II, de las negociaciones en el nivel regional o local, y el Ecumenismo III, que se da en el nivel más popular, "de base", para emplear una expresión nuestra. Frente a la desazón que algunos manifiestan por la lenta, compleja y engorrosa marcha del "ecumenismo I", el ecumenismo oficial a nivel mundial (el mismo CMI), él ponderaba los resultados del Ecumenismo II, las conversaciones bi o multilaterales entre Iglesias nacionales a nivel regional: Japón, India, Canadá, Estados Unidos, algunas regiones latinoamericanas y Gran Bretaña (esta última con resultados un tanto pobres por el momento) parecen recorrer, aún incompletamente, este camino: hay tratativas, y en algunos casos arreglos, alianzas y uniones entre dos o más Iglesias en un país o una región.

Así, frente a la lentitud y el aparente fracaso —estancamiento al menos— del "Ecumenismo I", o sea el intento de construir una gran unidad de Iglesias a escala mundial, sobre la base de un gran concilio, Deschner interpreta que el camino está en las reconciliaciones regionales y que las uniones locales irán forjando, poco a poco, la gran unión de la Iglesia. La colaboración interconfesional irá creando la conciencia de la posibilidad de unidad, en los niveles más sencillos de las organizaciones nacionales para ir alcanzando las estructuras más complejas después. El avance del Ecumenismo II no exime de responsabilidad al Ecumenismo I, entiende Deschner, sino que por el contrario, las grandes organizaciones deben seguir en una marcha que inspire, posibilite y complemente los trabajos de unidad parcial. Son dos niveles, imprescindibles y complementarios de tareas, que uno nos renueva cuando el otro nos desespera, y así siempre hay un camino abierto. También insinuó, aunque desgraciadamente no se detuvo a analizar, el reconocimiento de un tercer nivel, "Ecumenismo

III", que es el que se da en el nivel popular, en la colaboración directa en tareas, indiferenciadamente, que hacen a la unidad sin hablar de ella, emancipada aún de las jerarquías locales, y de sus conversaciones. Aunque Deschner lo haya soslayado, es ésta la forma de ecumenismo que más nos interesa, y contrariamente pensamos que por acá es por donde hoy fluye la gran esperanza de un ecumenismo con sentido. Volveremos más adelante sobre esto.

Actos ecuménicos y el ecumenismo de jerarquías

El primer momento del gran auge ecuménico destelló en actos, innúmeros, donde los más encumbrados representantes de cada jerarquía, según el nivel, se estrechaban, se saludaban, oraban juntos. En nuestro país, prácticamente cada ciudad de la república entronizó en su catedral, templo y alguna vez en la plaza pública, al obispo u obispos, pastores, sacerdotes e incluso a veces a las autoridades civiles, en actos comunes de oración y lectura de la Palabra. Frente al susto de muchos, y la indiferencia de otros, grandes sectores vislumbraban uniones en cuestión de días, o meses, un par de años a lo sumo.

El paso del tiempo se encargó de serenar ánimos y alejar sustos; los actos se hicieron más espaciados, las barreras e intereses en juego comenzaron a hacerse más evidentes, el "público ecuménico" disminuyó pasado el primer fervor. Los actos públicos fueron cediendo al trabajo más silencioso de comisiones de estudio, mesas redondas en seminarios, publicaciones. Incluso muchos se asustaron de ver hasta donde habían llegado, y retrocedieron. Las Iglesias y las diócesis crearon sus comisiones y nombraron sus secretarios de ecumenismo. A nivel superficial, la conciencia "fraternal" crecía, pero el ecumenismo "en serio" era preocupación de selectas minorías y de organizaciones jerárquicas.

Este ecumenismo estructural partía del concepto básico de que se trataba de una cuestión "entre pares", es decir, que correspondía resolverse a través de negociaciones entre las organizaciones eclesásticas, y que se simbolizaba en actos conjuntos, cada vez menos frecuentes, donde las jerarquías representativas iban mostrando su "hermandad". Ese sigue siendo el estado actual en la mayoría de los casos: invitaciones mutuas a conferencias o asambleas, ocasionales actos públicos, encuentros pastorales, rara vez alguna "reunión fraternal" a nivel parroquial. Por su parte, siguen las comisiones de estudio, las publicaciones, las mesas redondas, preocupando a sectores restringidos de las iglesias. Algunos se siguen asustando, otros se siguen asombrando, y muchos son ya indiferentes a este "ecumenismo de jerarquías". Los actos ecuménicos perdieron los titulares de los diarios, y el atractivo para el gran público. El ecumenismo "pour la gallerie" ha pasado de moda: pasó la época "de actos y jerarquías". Sin duda han tenido su sentido: fue la eclosión de un fenómeno esperado, que brotó con toda la fuerza de lo que se ansía, con la expectativa de lo nuevo. Sirvió para crear una nueva conciencia de mutua pertenencia, llevó al público a notar la importancia del asunto, popularizó ciertas reflexiones teológicas, abrió los ojos a una realidad nueva que nacía.

Pero marcó sus propias limitaciones: el ecumenismo oficial no puede construir la unidad de la Iglesia: puede causar buenas impresiones, puede emocionar en un primer momento, puede indicar una realidad naciente, pero carece de profundidad: no toda la sinfonía puede ser el acorde inicial. Y no puede entonces construir la unidad de la Iglesia porque esta unidad así amenaza con ser vacua. La "unidad de actos y jerarquías" corre el riesgo de ser una unidad por la unidad misma, una unidad que pretende demostrar la unidad y ninguna unión verdadera puede surgir así, de un "Gran Acuerdo Religioso", o de una "Comisión paritaria". La unidad sólo puede forjarse en torno a un eje. A nuestro criterio este eje debe ser la misión de la Iglesia. El ecumenismo oficial sólo responde a la cuestión de la misión en forma soslayada. En última instancia marcaría una vuelta de los cristianos sobre sí mismos, corvarse sobre su propia problemática; tan sólo abrirse a la misión extenderá la vista sobre lo común. Mantener la discusión ecuménica en el nivel oficial implica este peligro fundamental: el estancamiento, o peor aún, si lográsemos superar el estancamiento, la unidad vacía, la gran Iglesia olvidada de su misión, y entrar en el asunto de la misión abriría la puerta a una nueva y profunda discordia.

La oración de Jesús, que sean uno para que el mundo crea, tan esgrimida como fundamento de la unidad, es indicadora de este sentido de misión: "para que el mundo crea" no es tanto un sentido de causa-efecto, como indicador del modo de la unidad: es una unidad **para** la misión. No olvidemos que está precedida (Juan 17:18) por "Yo los envío al mundo". La unidad paradigmática de Jesús y el Padre es una forma especial de unión entre el Enviador y el Enviado: entre quien establece la misión y el misionero. La tradición bíblica, es innecesario recalcarlo, establece una identificación entre el mensajero y el que envía: esta identificación, que se hace aún más real entre el Padre y Jesús, es la que pide Jesús en la oración: es la unidad que nace del cumplimiento de la misión. Por eso, la unidad y la misión son inseparables. O expresado de otra manera, comunidad y servicio son dos expresiones inseparables de la única manera de ser Iglesia. La unidad no puede buscarse fuera del cumplimiento de la misión, como un objeto "per se" en la vida de la Iglesia. Todas las experiencias que nos aproximan a la unidad se dan cuando se encara conjuntamente la misión (o diríamos, para ser exactos, algún aspecto de la misión).

El ecumenismo "oficial", especialmente la relación interconfesional, se estancó al llegar a cierto nivel, e incluso se volvió atrás en muchos aspectos, porque justamente el problema comienza cuando se discute seriamente la misión de la Iglesia. O cuando no se discute. El "ecumenismo oficial" interconfesional trató de encontrar "caminos de unidad", en lugar de caminos de misión. Problema que se plantea básicamente cuando la unidad se entiende en términos institucionales. Es ponerse a construir sin saber a qué se va a destinar el edificio. Sólo el entendimiento común de la misión permitirá encontrar sentido a la unidad. Y este entendimiento común es lo que lleva a la unidad. No es cuestión de tratar de resolver qué es primero, si la unidad o la misión. El asunto es tener en claro que no hay verdadera unidad

sin misión, ni verdadera misión si ésta no nace de una comunidad de fe, que nos religa a quien nos envió, que nos hace encontrar en Cristo.

Seríamos injustos si hiciéramos una generalización absoluta en este sentido. Reconocemos que ciertas "instituciones del ecumenismo oficial", el mismo Consejo Mundial de Iglesias, se preocupan seriamente de la tarea misional —de testimonio y de servicio— y han creado organismos en ese sentido. Pero desgraciadamente la mayoría aún no se ha percatado que allí reside la posibilidad de unidad, sino que funcionan como estructuras colaterales a la cuestión de la unidad. Resulta casi risueño que puedan ciertas Iglesias apoyar conjuntamente tareas de servicio en distintas áreas, y ponerse a discutir después cuestiones de unidad, sin mencionar esas tareas conjuntas. Ciertamente la tradición institucional ha cegado de tal manera a estas Iglesias, que les impide ver que en la medida en que descubran por qué están juntas en la misión, irán descubriendo el sentido de la unidad. Creemos que en este momento la unidad no es cuestión de un Concilio, sino cuestión de labores comunes en el terreno de la misión, entendida ésta ampliamente. Después de todo, los Concilios siempre han servido para clarificar quién "quedaba fuera" de la unidad, no para integrar a los separados. Por otro lado, se hace evidente hoy que las causas de división pasan más por el entendimiento de la misión que por las tradiciones confesionales. Examinaremos esto más adelante.

LOS OTROS ECUMENISMOS

El ecumenismo de los teólogos

Sin duda la reflexión teológica ha acompañado con una función ideológica las distintas etapas de la marcha ecuménica. El pensamiento de la Iglesia, tanto protestante como católica, y en menor medida ortodoxa, sintió el impacto de esta nueva temática que había contribuido a propiciar. Fueron vientos frescos, recíprocas contribuciones que hicieron airear saludablemente el ambiente de la reflexión teológica, saturado por años de ensimismamiento sobre los mismos ítems. Teólogos de la talla de J. L. Leuba, H. Berkhof, J. J. Von Allmen por un lado, K. Rahner, Y. Congar, H. de Lubac, por el otro, por citar sólo algunos, se preocuparon del asunto. Los estudios sobre los temas ecuménicos ocuparon millares de páginas en todos los idiomas, obligaron a cientos de revistas, se reflejaron en cantidad considerable de estudios. Todos los temas eran tratados desde la perspectiva de una contribución ecuménica; los sacramentos, un tremendo auge de la eclesiología, estudios bíblicos e históricos se constituyeron en lugares comunes que ocuparon a los "teólogos del ecumenismo". Estos se transformaron, en cierta medida, en los consultores oficiales del movimiento ecuménico.

Simultáneamente, menos famosos pero con una visión distinta del problema, fueron surgiendo "teólogos ecuménicos". En ellos el ecumenismo no constituye un tema, un lugar o enfoque, sino una práctica: hacían una teología ecuménica más que una teología del ecumenismo: esa característica la notamos, entre nosotros, en quie-

nes se dedican a la "teología de la liberación". Estos fueron marcando un nuevo paso en la forma de hacer teología, donde las tradiciones confesionales no eran determinantes, ni tema del pensar teológico, sino un elemento entre otros en el tratamiento común de los diversos temas. Así, esta teología ecuménica —necesariamente distinta por su concepción y contenido de la teología del ecumenismo— sirve indistintamente en las diferentes confesiones. Lo que marca su aceptación o rechazo son, más que las posiciones confesionales, la toma de posición de estos teólogos frente a la realidad. La misma teología parte de hechos reales, y es la actitud que se adopta frente a estos hechos lo que hoy determina nuestra posición y concepción, más que las tradiciones denominacionales. Así, esta teología sirve más por su referencia a la realidad que por su extracción tradicional. La realidad, enfocada críticamente, la hace más pertinente, aun para la discusión ecuménica, que una teología del ecumenismo que parte de abstracciones. Si el ecumenismo está básicamente, como sosteníamos más arriba, insertado en la misión, sólo una teología de la misión podrá ser realmente ecuménica. Y entonces, cuando actuamos en nuestra realidad como transformadores de la misma en tanto siervos del Señor, y reflexionamos críticamente, a la luz del Evangelio sobre nuestra realidad y nuestro actuar, recién entonces estamos haciendo una verdadera "teología ecuménica".

Las divisiones y el ecumenismo

Esto nos está revelando un aspecto que el ecumenismo oficial no toma en cuenta, porque parte de los aspectos institucionales, que ya no se corresponden con nuevos datos de nuestra realidad como cristianos: por decirlo simplemente, el ecumenismo se presenta frente a un panorama cambiante. A nuestro criterio las líneas principales de división no se plantean ya verticalmente, sino horizontalmente: las divisiones no son ya "entre" confesiones, sino "a través de" las confesiones. Exponiéndolo gráficamente, ciertos pastores y sacerdotes y laicos de tradiciones distintas se encuentran, por su concepción de la labor de la Iglesia, más próximos entre sí, incluso trabajando juntos, que lo que podrían estar con otros pastores, sacerdotes y laicos dentro de su propia denominación. Las actitudes y argumentos de ciertos sectores se parecen mucho más entre sí de lo que están dispuestos a admitir. He escuchado, y seguramente todos tenemos experiencias similares, palabras casi calcadas de un católico "pre-conciliar" y de un evangélico fundamentalista, explicando su desconfianza del ecumenismo: están más ecuménicamente próximos de lo que ellos sospechan. ¡Gracias a Dios que no lo admiten!

Esto nos plantea una situación que, superficialmente tomada, parece insólita: en esta época de auge ecuménico las palabras "cisma", "distanciamiento" y "división" están a la orden del día. Ninguna confesión ve este problema demasiado lejos. Porque así como surge una nueva certeza de unidad, ve la luz una nueva conciencia de las diferencias. La concepción de nuestra misión corta las barreras confesionales, pero corta también a las confesiones. Los problemas sociales y políticos, las formas de culto y otros problemas teológicos, el ecumenismo mismo, se han transformado en agentes catalizadores

de nuevas tensiones que no podemos evitar ni ignorar. Tensiones paralelas "a través de" las confesiones crean sectores más próximos entre sí, muchas veces no sólo en el plano teórico, sino también en la práctica de la fe, que los lazos que los atan a otros sectores de su propia tradición. Esto crea una nueva perspectiva, nos marca el camino hasta nuevas formas de ecumenismo, que es lo que pretendemos analizar.

Las experiencias silenciosas

Junto al ecumenismo oficial fueron brotando, especialmente en los últimos tiempos, experiencias que no trascendieron al gran público, pero que sin embargo son más populares que las primeras, porque están realizadas por el pueblo mismo, en el seno de los sectores populares. Son más significativas porque profundizaron el sentido de la misión de la Iglesia, como liberadora de los humildes, como mensajera de las buenas nuevas a los pobres. Especialmente significativas son aquellas experiencias populares que han puesto de manifiesto el sentido de un nuevo ecumenismo al mismo tiempo que el sentido de una nueva pastoral. Estas experiencias silenciosas van marcando una nueva forma de ecumenismo, que no pasa a través de jerarquías ni de versadas discusiones teológicas, sino a través de la elaboración popular de una fe que no depende tanto de las tradiciones como de la comprensión de su misión en tanto pueblo de Dios, así, sin distinciones. Este nuevo ecumenismo, el "Ecumenismo III" de Deschner, surge al comprobar que el sentido del ecumenismo está dado por la misión, y es la profundización de ésta, la construcción del pueblo de Dios, "los que han de creer por medio de ellos" de la oración por la unidad, la que identifica a los cristianos en la acción.

La construcción de este nuevo ecumenismo se hace en la humildad de la tarea cotidiana. Ciertamente la reflexión no está ausente. Pero la reflexión surge de una práctica diaria de vivir en fidelidad a Cristo, llevando "las buenas nuevas a los pobres, liberando a los cautivos, brindando casa a los perseguidos". Surge de innumerables experiencias diarias de la construcción del Reino de Dios y su proclamación, como parte de la labor del pueblo cristiano. Es una experiencia que presupone la unidad básica en la fidelidad evangélica, y no se preocupa por conquistar esa unidad a través de negociaciones, sino a través del testimonio conjunto del Señorío de Cristo proclamado como forma de vida en una nueva pastoral. En este ecumenismo "silencioso", las tradiciones confesionales aportan su riqueza, sin reclamar adherencias especiales, respondiendo así al verdadero espíritu de humildad. Presupone que cada confesión brinda su aporte así al verdadero espíritu de humildad. Presupone que cada confesión brinda su aporte sin decir "yo soy", porque sabe que el único "yo soy..." lo puede dar Cristo. Así, el espíritu de unidad se brinda junto con el Espíritu de humildad —que tenía Juan XXIII, pero que pudo transmitir sólo parcialmente al Concilio— y el sentido de misión. No puede haber ecumenismo más cabal ni completo. No puede, directamente, haber ecumenismo sin estos elementos. Así, la continuación y profundización del movimiento ecuménico, estamos convencidos, lo constituyen estas "experiencias silenciosas". Cuando es-

tas experiencias han fracasado como experiencias ecuménicas, ha sido normalmente porque las instituciones denominacionales han pretendido imponerles "desde afuera" su modalidad. Le han cercenado la posibilidad de ser primicias de esta forma de ecumenismo.

Este ecumenismo silencioso tiene el valor de ser un ecumenismo en la acción, un ecumenismo práctico, y por lo tanto, un ecumenismo con contenido. Y decimos con **contenido** porque creemos que el contenido de la fe sólo puede provenir de una praxis de la fe. En este ecumenismo hay algo que respalda y llena las palabras; una acción concreta. Sin esta acción, las conversaciones ecuménicas son eso: meras conversaciones. Valga una experiencia que en este sentido puede ser ilustrativa, aunque algunos la hallarán polémica. En Mendoza, a fines de 1972 se organizó un gran "Acto Fraternal de Oración por la Paz". Después de las conversaciones previas los pastores metodistas nos negamos a participar. Esto sorprendió a quienes conocen la tradición ecuménica de esta denominación. Pero la explicación fue muy sencilla: "si como Iglesias no hemos hecho nada conjuntamente por la Paz, ¿qué sentido tiene una oración pública conjunta? Nuestra oración puede ser la oración del fariseo; oremos en privado por la paz, trabajemos juntos públicamente por ella: las palabras del primer capítulo de Isaías nos amonestan en ese sentido". Un acto público, especialmente en ese momento histórico del país, que no había sido respaldado por acciones conjuntas, no pasaba de ser un acto **político** en el peor sentido de la palabra. No nos negamos a participar en actos que reflejan un trabajo conjunto —la difusión de la Biblia, por ej.— pero sí en los que por no tener acción que los respalden, carecen de contenido. Hubo quienes no entendieron esta posición, que quiso ser paradigmática. Estos mismos pastores metodistas, con laicos de sus congregaciones, participaron con sacerdotes y pueblo en la inauguración de la "Capilla Ecuménica" del Barrio San Martín (una villa de emergencia) producto del esfuerzo conjunto de una nueva pastoral, esencialmente popular, donde también se oró por la paz. Pero allí tenía un contenido que el pueblo reunido podía captar, por estar respaldado en acciones tendientes a clarificar la misión de la Iglesia, entendida no ya en su aspecto puramente estructural, sino como pueblo reunido por una misma fe, un mismo bautismo, un mismo Señor.

LOS CAMINOS DEL ECUMENISMO

Estructura eclesialística y ecumenismo

Esto nos arroja de cabeza en un nuevo problema; no caeremos en la simplificación de separar **estructura** de **espíritu** de la Iglesia, privilegiando una u otra según la moda teológica, como si "institución" y "acontecimiento" estuvieran divorciados. Más peligrosa es, sin duda, la total identificación. Pero en nuestra realidad, toda fe se institucionaliza, como parte de su comunicación y transmisión, especialmente la fe cristiana que solo puede ser vivida como fe en comunidad, y toda comunidad adquiere formas institucionales, guste o no. Pero mucho se ha escrito sobre esto como para insistir. Nos interesa señalar lo que se refiere a nuestra problemática.

La "institución" ha representado siempre la unidad de la Iglesia. Es el elemento objetivo que agrupa frente al elemento mayormente subjetivo de la fe. El problema teológico del ecumenismo surge porque la pluralidad institucional negaba su objetivo. La problemática se agudiza porque ahora la institucionalidad eclesial se transforma, en muchos sentidos, en una traba para la unidad. Por eso sostenemos que una pastoral popular que indique nuevas prioridades, y fuerce a la institución, sin negarla en principio, es el camino del ecumenismo. El endurecimiento de la institución solo podrá ser combatido por una presencia real de lo popular que transforme lo institucional. El camino ecuménico no pasa **necesariamente** por la destrucción de la institución, sino por su flexibilización. Sin excepción, las estructuras eclesiales, como toda organización humana, tienden a perpetuarse rígidamente. Pero la presencia renovadora del Evangelio les muestra el camino de lo nuevo. Esta presencia del Evangelio no se presenta abstractamente, está encarnada, aunque incompletamente, en la comunidad. La comunidad se crea en torno de la Palabra. La comunicación y expresión de la Palabra es la misión: la creación de la comunidad del Reino.

La comunidad del Reino no puede estar divorciada del Pueblo, ni puede embretarse en estructuras rígidas, por que perdería la dinámica propia del Evangelio. Esta tensión entre estructura y Evangelio es la que vive el ecumenismo, es lo que lo moviliza e impulsa. La presencia de lo popular es constitutivo de la comunidad evangélica, que no reconoce distinciones confesionales. Por eso creemos que el camino de la unidad estructural pasa por las "experiencias silenciosas del ecumenismo en la acción", que dinamizan lo institucional y le dan contenido.

Quizás convenga aclarar qué entendemos por "pueblo", por "lo popular". A los efectos de este trabajo, nos referimos a los grandes sectores humildes, a los explotados y marginados de nuestra América Latina, sumidos y mantenidos por estructuras opresoras en la pobreza económica y cultural. Quienes son mantenidos fuera de los centros del poder, que tratan de conquistar su liberación. Son quienes tienen esperanza de un futuro diferente, y en esa esperanza es donde puede echar raíces el Evangelio, como fuerza renovadora, como promesa de justicia y salvación. Es en este punto donde estimamos que el nuevo ecumenismo tiene su lugar, en el trabajo conjunto, eminentemente evangélico, de transformar ese pueblo en Pueblo de Dios, porque de esta intuición de liberación que viven, llegarán a la certeza de una liberación total que Cristo ofrece. Ello conformará una realidad de tal fuerza que obligará a la institución a modificarse en la búsqueda de la unidad estructural que refleje la unidad de la Iglesia, la comunidad del Reino, donde lo institucional reasumirá su papel unificador. La otra alternativa es que la Iglesia institucional, como desgraciadamente por momentos parece hacer, opte por mantener sus estructuras antes que arriesgarse a ser la "verdadera Iglesia de los pobres", con la renuncia al poder terreno que esto implica.

Esto nos coloca en medio de la actual polémica dentro de la "teología de la liberación" entre quienes propugnan una Iglesia popu-

lar masiva y quienes sostienen el lugar de una Iglesia de minorías, pero profética. No tomamos, al menos en este escrito, posición en este aspecto. Nos damos cuenta que ambas alternativas significan cosas distintas para nuestro tema: distintas pero no opuestas. La presencia de "lo popular" definido como "ansia de liberación" no implica necesariamente masividad, al menos en un primer momento. Pero una presencia de minorías proféticas nunca han tenido la fuerza para forzar al orden institucional de la Iglesia: han significado su desgarramiento. Creemos que la especulación sobre este aspecto no pasa de ser eso: especulación. Ambos proyectos serán necesariamente modificados, quizás reunificados, por imperio de la realidad: factores históricos de corto y mediano plazo que no estamos en condiciones de predecir seguramente inclinarán la balanza en un sentido u otro. La ecumenicidad de ambos proyectos no está en juego allí: más bien es el futuro de la institución actual de la Iglesia lo que está en la picota: una presencia masiva podría flexibilizarla; la minoría profética significará necesariamente, pensamos, una ruptura, al menos en aquellas instituciones más rígidas o sectarias. Quizás, más bien, estamos frente a un reagrupamiento que modificará la actual constitución del espectro cristiano, respondiendo a nuevos esquemas de división que parten de la concepción de la misión. No podemos saber si todas las estructuras confesionales reaccionarán de la misma manera, o si se producirá una "reacción en cadena" a través de los "cortes transversales" que antes mencionábamos.

ECUMENISMO O NUEVA IGLESIA:

Esto, por un camino u otro, nos llevará a la nueva Iglesia: Nueva por renovada, o nueva por división. Seguramente la expresión **nueva Iglesia** puede despertar sospechas en algunos. No queremos decir con esto que pretendemos cortar con la tradición. Mas bien queremos expresar que la tradición será asumida críticamente, purificada por el proceso de la misión. Y al decir la tradición en este caso nos estamos refiriendo precisamente a los elementos confesionales. El filtro de la misión nos mostrará qué elementos de la tradición pertenecen a lo esencial del Evangelio, y cuáles son históricamente contingentes, que se han agregado por el camino y se perderán por el camino. Ese significado purificador también tiene el ecumenismo. El ecumenismo pasa por la Nueva Iglesia y en su dimensión actual probablemente culmine en la Nueva Iglesia. Desde ya implica una nueva pastoral; desde ya implica un nuevo lenguaje, un renovado sentido de la misión evangelizadora, una nueva manera de concebir la función teológica y de hacer teología. Desde ya, implica una búsqueda del nuevo contenido de la unidad, una renovada fidelidad al eterno Evangelio, en el cuál se "hacen nuevas todas las cosas". La Nueva Iglesia sólo puede buscar ser "la resurrección del cuerpo de Cristo".

Pero la situación de nuestra fe en el mundo de hoy esta cambiando. Cada vez parece mas seguro que pasó la "era constantiniana" para el cristianismo. En algunos sectores de mundo por la secularización del Estado, en otros por que éste, en manos de explotadores, ya no soporta la verdad del Evangelio vivido en plenitud y comienza a resentir

el compromiso liberador de los discípulos de Jesús, y dificulta, directa o indirectamente, a crecientes sectores de la Iglesia en su acción misionera, en cuanto ésta se juega en los términos que mencionábamos más arriba. Para estos sectores, en los cuales, a nuestro criterio, se decide el auténtico futuro del ecumenismo, se va haciendo real un "retorno a las catacumbas".

¿Qué significa esto para el ecumenismo del que hablamos? Tratando de extraer sus consecuencias positivas significará, por un lado, el fin de la "tentación del privilegio", una de las tentaciones que se ha transformado más de una vez en triste realidad, y que es uno de los elementos que mayor rigidez aportan a la instancia institucional. La nueva Iglesia estará, en este sentido (y esperamos que en muchos otros) más próxima a la iglesia primitiva, y por lo tanto más cerca de la unidad testimonial y diakonal. La pérdida del poder terreno, que están sufriendo aun las más "prestigiosas" estructuras eclesíásticas, con mayor o menor aceleración, según el caso, elimina una gran tentación, y por lo tanto un gran motivo de discordias, del camino ecuménico. Y por otro lado acelera el compromiso con el Evangelio, ya que en una situación de semi-persecución no podremos descansar en otro poder que el de Nuestro Señor y su Palabra. Cada uno que se comprometa con el Evangelio lo hará en términos del Evangelio y su mensaje liberador purificando así a la fe cristiana de elementos culturales que vehicularon la fe en su momento, que se han transformado, sin embargo, con el correr del tiempo, en lastre, que han retardado, cuando no directamente amenazado totalmente la marcha de la Iglesia. No nos ilusionamos con una fe pura: seguramente hemos de introducir nuevos elementos que, significativos ahora, deberemos echar por la borda en el porvenir. Pero el "retorno a las catacumbas" nos obligará a hacer lo que voluntariamente se tendría que haber hecho. Por eso, como elemento purificador del mensaje bíblico y de la tradición e institución eclesial, esto puede constituirse en un aporte al ecumenismo nuevo.

El tema da para más. Y necesita un examen mucho más detenido que el que le brindamos en estas páginas. Probablemente lo hagamos en una próxima instancia. Por el momento, quede en cuenta como un hito destacable de nuestra reflexión. La creciente represión en nuestra América Latina, que ya derramó mucha sangre cristiana, nos está alertando sobre lo real de esta posibilidad. El conflicto planteado entre "liberación" e "imperialismo", que tiene características de guerra total, está obligando a muchos cristianos a salir del "sueño de seguridad" y a tomar conciencia de que ya no pueden descansar en el "prestigio" de la Iglesia, ni en alguna inmunidad religiosa cuando deciden encarar con seriedad el compromiso de proclamar el Evangelio liberador de Jesucristo con todas sus consecuencias. Esta represión, que pretende establecer cuál es la herejía desde afuera de la fe, está censurando el tono de la evangelización, y significando la realidad de una Iglesia semi-perseguida y que, en algunos sectores, es Iglesia perseguida..

Esto es significativo para el nuevo ecumenismo, pues éste vive justamente en el nivel donde se establece la persecución, o sea en el nivel popular, de las fuerzas populares. Esta persecución ahonda las distancias entre los cristianos, pues marca claramente la diferencia entre los perseguidos por el testimonio de una fe que se entrega por

el prójimo, y quienes siguen a horcajadas de regímenes injustos y, aprovechando las prebendas de una religión oficializada, al costo de su prédica profética. Esas barreras "a través" que mencioné previamente cobran un mayor vigor en esta situación, y los "lazos" a través tienden a fortalecerse. Aunque la experiencia no sea similar en todos lados, nos atrevemos a pensar que va surgiendo, por lo menos en algunos sectores, un claro sentido de "mutua pertenencia" entre quienes se encuentran marginados de la "religión oficial". En otras palabras, este "retorno a las catacumbas" puede significar un "encuentro en las catacumbas". Algunas de estas experiencias de encuentro ya se están viviendo.

Sin embargo, por otro lado, como en toda situación de inseguridad, surgen los temores, las desconfianzas. Es la barrera a vencer por el nuevo ecumenismo. Este encuentro, como todo encuentro, requiere un grado de confianza con el otro. Requiere la aceptación del compromiso del otro, y la propia disposición a jugarse en él. Sin esa confianza no hay encuentro, sin ese compromiso o disposición, no hay encuentro **en Cristo**, por que es ese compromiso y esa disposición la nota distintiva de los que van juntos en la misión. Así como el ecumenismo de viejo cuño necesitaba vencer la resistencia de las tradiciones, el nuevo ecumenismo debe vencer las barreras de la desconfianza, alimentadas por la fuerte represión política en nuestro continente, que se hace sentir tanto dentro como fuera de la Iglesia. Encontrarse en Cristo puede significar tener que dejar de lado la aparente seguridad que brinda el mantenimiento de cierto grado de relación con la religión oficial, aunque no sea esto siempre así. Es la necesidad de confiar solo en el Evangelio, y respaldarse en quienes comparten esa fe como único camino para quienes se arriesgan a ser cabales apóstoles, enviados en misión.

En el terreno práctico esto significa la necesidad conciente de planificar y realizar este encuentro, entre las comunidades cristianas comprometidas con el Evangelio liberador. Especialmente en el plano local, también el plano nacional y continental. A favor del clima de mayor libertad que se vivió a principios de esta década en nuestro continente, tuvieron lugar algunos de estos encuentros, que culminaron en la reunión de abril de 1972 en Santiago de Chile. Pero la posterior represión y persecución disminuyeron estos encuentros, provocando "desbandes" más o menos importantes en gruesos sectores. Creemos necesario rescatar estas experiencias de encuentro (en algunos casos afortunadamente esto se va dando) como forma de estimular la fe y el compromiso, como formación, crecimiento y maduración de la comunidad que debe dar testimonio del Reino. Sin duda esto requiere un esfuerzo de aprendizaje: no es lo mismo el encuentro abierto, que el encuentro en una situación de represión: pero necesitamos de la experiencia mutua, del mutuo consuelo y fortalecimiento si hemos de buscar ser Iglesia, ser la Iglesia de Dios en el mundo de hoy, ser iglesia fiel.

El ecumenismo ampliado.

Queremos terminar con un par de reflexiones abiertas: es evidente que estas nuevas formas de ecumenismo están profundamente relacionadas a las transformaciones sociales que experimenta el mundo, y especialmente nuestro continente. Cuando hablamos de un "ecumenis-

mo popular" estamos indicando un nuevo acento que no está ajeno a la realidad de cambio que vivimos. Sostenemos que la misión de la Iglesia está intimamente ligada al proceso de socialización —económica, política, cultural— y que el ecumenismo debe preveer ese campo de acción como elemento de su contenido.

Si preveemos, deseamos y trabajamos en este sentido, hemos de tener en claro que esto no significará una nueva etapa de privilegio eclesiástico, sino todo lo contrario. Si bien no se vivirá el clima de represión que hoy experimentamos, la Iglesia (cualquiera que sea) no podrá ya descansar para el cumplimiento de su misión en los mecanismos del poder secular. Seguramente la misión cambiará de signo, porque algo de lo que hoy es expectativa, confiamos, será cumplido. Pero hemos de pensar que para lo que la comunidad de los que reconocen a Cristo como Señor ha de hacer en el futuro, no podrá confiar en otra fuerza que la de su Señor: la era constantiniana (y con ella el ecumenismo constantiniano) han de pasar para siempre.

Pero en esta tarea, el Evangelio no está solo. Distintos grupos políticos son sus compañeros de camino. Con ellos dialoga y actúa en la formación de un pueblo que aún no lo es en la medida en que está dominado por el "antipueblo". Ello plantea una nueva forma de "ecumenismo" en la acción. El **ecumenismo amplio** que salta la barrera de lo 'exclusivamente cristiano' para lanzarse a la búsqueda de la unidad de "todos los hombres de buena voluntad". Al esbozar estos elementos somos conscientes que nuevos y profundos interrogantes se abren. Solo la historia, que se empeña en destruir las conjeturas de los adivinadores, nos dará en definitiva las respuestas. ¿Se agota el Evangelio en esta entrega? ¿Se produce su "kenosis" en esta nueva ampliación del diálogo, significando con ello la "muerte de la Iglesia"? ¿Es este diálogo un "caminar juntos", o significa también una mutua inclusión? Estas y otras preguntas se nos abren cuando entramos en este "ecumenismo popular" y en el "ecumenismo amplio".

En mi opinión, debemos asumir con toda la mansedumbre y la astucia de los enviados en la misión, estos interrogantes y estos caminos. Sé que quedan muchas dudas, que habrá angustias y tensiones, que damos mucho por supuesto; pero esencialmente queremos seguir adelante: esa es la textura de la fe de Abraham.

Néstor Oscar Míguez